

ALEXANDR MEN

Yves Hamant

ALEXANDR MEN



Ciudad Nueva

© de las fotos: *Serguei Bessmertny*: 7, 26, 27, 30, 32, 33, 35, 38; *Victor Andreiev*: 17, 18, 19, 20, 22, 23, 24; *Sofia Rukova*: 25, 28, 34, 37; *Alexandr Efimov*: 36

Título original: *Alexandre Men*
© 2000, Nouvelle Cité
Domaine d'Arny
91680 Bruyères-le-Châtel – Francia

Traducción: *José Manuel Revuelta*
Edición preparada por: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2010, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 – 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-172-6

Depósito legal:

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dedicar este libro a las personas más cercanas al padre Alexandr, hijos espirituales y amigos suyos, y muy especialmente a los que, de una u otra manera, en un momento u otro, lo secundaron en su afán. El objeto, el destino y el tamaño de este libro no permiten mencionarlos a todos, pero tienen un lugar de privilegio en estos «actos de fe».

Tengo además que agradecer a todos cuantos me han prestado su ayuda. En primer lugar a Natalia Grigorenko, su esposa, y a Pavel Men, su hermano. A los fotógrafos que han puesto sus imágenes a mi disposición: Serguei Bessmertny, quien ha recopilado la mayor parte de las ilustraciones referentes al padre Men; Sofia Rukova, Victor Andreiev y Alexandr Efimov.

Este libro, por último, no hubiera podido ver la luz sin la ayuda de Ekaterina Guenieva, directora de la Biblioteca de Literatura Extranjera de Moscú, que ha sido la

NOTA DEL EDITOR: Ante la variedad de transcripciones posibles de la escritura cirílica, hemos traducido al castellano todos los títulos de obras editadas en ruso (artículos y libros), para simplificar.

Las notas añadidas por el editor están marcadas con las siglas NdE.

incitadora de la obra, ni sin la de Andrei Eriomin. Mucho debo a su amistad, a sus artículos y a sus observaciones. Hicimos el proyecto de escribirlo juntos. Y lo cierto es que, en parte, el libro también es suyo.

PRÓLOGO

Cuando tuve la ocasión de estar frente a frente con el padre Alexandr, experimenté la sensación de que nos conocíamos desde siempre, como un hermano y un amigo que para siempre también estará muy cerca de mí. Y sin embargo no pudimos hablar más que unos diez minutos. Tengo que contar en qué circunstancias.

Era en los primeros días de mayo de 1989, durante un viaje a Moscú al que había sido invitado por el patriarca de Moscú. Por esos días, la política del gobierno soviético en el campo religioso era bastante incierta. El proyecto de ley sobre libertad de conciencia seguía todavía en estudio.

El padre Alexandr formaba parte de esas figuras místicas cuyo brillo e influencia eran percibidos como una amenaza por el poder comunista y por su policía. El padre Alexandr era sospechoso para el KGB¹ y para los antisemitas. Y para callarlo, unos u otros o los dos a la vez lo asesinaron a hachazos cuando se dirigía a su iglesia.

Sus palabras, ahora, quedan autenticadas con su martirio. Nadie tiene ya el poder de sofocar las palabras vivas de una voz asesinada. Rusia tuvo que oírlas cuando

¹ «Comité de Seguridad del Estado», es decir, la agencia de inteligencia de la Unión Soviética. [NdE]

Boris Yeltsin, por entonces presidente del Soviet Supremo, mandó guardar un minuto de silencio a esta asamblea en memoria del padre Men asesinado.

Pues bien, el sábado 6 de mayo de 1989, me dirigía con mis compañeros de viaje desde Moscú al monasterio de Zagorsk. La víspera había pedido a nuestros anfitriones del patriarcado de Moscú que hiciéramos un alto en el camino en Novaia Derevnia, el pueblo donde se encontraba la parroquia del padre Alexandr, de la que todavía no era párroco. Resultó imposible advertirlo de nuestra llegada. Sólo sabíamos que ese día estaría presente en su parroquia y gozoso de vernos. Estábamos en la semana de Pascua según el calendario ortodoxo. Y en todas las iglesias abiertas se celebraba la liturgia pascual.

Llegamos al final de la misa, durante el sermón del párroco, pronunciado, según la costumbre, después de la Eucaristía. Junto a mis compañeros, permanecí al fondo de la iglesia. El padre Alexandr nos vio. Pero el sermón del párroco no acababa nunca... No había manera de pararlo. El padre Alexandr se me acercó y tuvimos una breve charla en inglés al fondo de la iglesia, solos los dos. Cuando el párroco acabó por fin, me invitó a decir unas palabras y a bendecir a los fieles. Luego, apremiados por el horario, tuvimos que despedirnos y proseguir nuestro viaje.

Sin habernos visto nunca antes, tuvimos la sensación de que teníamos muchas cosas que decirnos y de que no íbamos a tener tiempo para ello. Mi recuerdo toma la forma de una visión fuerte y hermosa de un encuentro, en medio del misterio del Mesías sufriente y resucitado que contemplamos juntos. Intercambiamos lo esencial y nos

confortamos mutuamente, mucho más de lo que las palabras son capaces de expresar.

Desde ese día, trato de explorar la riqueza de su sentido y no consigo alcanzarla plenamente. Nos resultaba evidente –y digo «nos» sin más certeza de hablar en nombre el padre Men que la intuición que conservo– nos resultaba evidente, digo, que la fraternidad de nuestra fe, que nuestra comunión en Cristo era como un signo anunciador (lo que san Pablo, hablando de los dones del Espíritu, llama «arras», «prendas»), como un prelude de la plena comunión, por el amor y el respeto mutuos, del Patriarcado de Moscú y de la Iglesia de Roma. Tanto él como yo, al hacernos cristianos, amamos y servimos a la única Esposa de Cristo, su Iglesia.

Pero era también evidente que esta comunión no podía llevarse a buen término en vida de los apóstoles más que a condición de tomar parte en el misterio de su cruz.

La alegría de esa semana de Pascua que iluminaba la pobre asamblea en medio de la cual el padre Alexandr y yo intercambiamos unas pocas frases, estaba como nimbada del misterio de la cruz, de una amenaza de muerte impotente y sin embargo inminente. Cristo resucitado nos da una libertad más fuerte que todas las tiranías. La victoria de la fe es una victoria de entrega, perdón y amor. La flaqueza de Cristo entregado al poder de los hombres hace resplandecer el poder de Dios. Pues Dios nos libra del poder del pecado.

Todo eso ya lo sabíamos. Y casi sin palabras, dimos gracias por habernos encontrado, testigos el uno para el

otro de la misericordia tras las grandes pruebas, testigos de esperanza en un horizonte cerrado. Tuvimos que interrumpir nuestro breve diálogo con la sensación de que no podríamos acabarlo. No sé quién de los dos concluyó el encuentro. Yo fui el último en tomar la palabra. A su demanda de volvernos a ver, le dije más o menos: «¡Ah, sí, nos volveremos a ver en el cielo!», pues tuve la impresión de que su vida, más que la mía, estaba llena de la Palabra que anunciábamos y se convertía indefectiblemente en signo de aquélla. Cuando nos llegó la noticia del asesinato del padre Men, yo había guardado en la memoria esta frase final. Y el propio padre Men me la recordó después de su muerte. De esta manera. Fue gracias a Andrei Eriomin, un intelectual ruso que fue acólito en Novaia Derevnia durante una decena de años, y en ese tiempo fue secretario de hecho del padre Alexandr. Después de nuestra despedida, el padre Alexandr se la resumió más o menos así a Andrei Eriomin: «He mantenido una conversación asombrosa con el cardenal Lustiger; me ha dicho que apenas podíamos hablar, pues estábamos rodeados de gente que nos escuchaba. El Cardenal, sin embargo, me ha manifestado su alegría por nuestro encuentro y luego añadió: “Sin duda, ya no tendremos ocasión de volvernos a encontrar, pero nos veremos en el más allá”».

Después de la muerte del padre Alexandr, vino a verme Andrei Eriomin en febrero de 1992 para preguntarme qué había querido decir y por qué había pronunciado esa frase. En realidad es porque entreví en el padre Alexandr su vida ofrecida y su abandono al amor de Cristo, que constituía todo su coraje. No profeticé su muerte. Dije en

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	5
<i>Prólogo</i>	7
1. Camino de la iglesia	13
2. Descenso a las catacumbas	23
3. A la sombra de san Sergio	37
4. Años de formación.....	51
5. Los inicios del sacerdocio	65
6. La era Breznev	93
7. Sacerdote de la nueva generación de creyentes	117
8. Aquello en lo que creo.....	141
9. La inteligencia de la fe	165
10. Tiempos de prueba	183
11. La apoteosis	195
<i>Epílogo</i>	219